

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum  Non praevalent

Año LIV, número 27 (2.776)

Ciudad del Vaticano

8 de julio de 2022

Homilía para la comunidad congoleña, en página 5



Superar cualquier sentimiento de venganza

Visita pastoral del Pontífice a Matera

El Papa Francisco viajará a Matera el próximo 25 de septiembre para la conclusión del 27º Congreso Eucarístico Nacional. Lo anunció la oficina de prensa de la Santa Sede publicando el programa de la jornada. El Papa aterrizará en el Estadio municipal *XVI Settembre* donde será recibido por el cardenal Matteo Maria Zuppi, arzobispo de Bolonia y presidente de la Conferencia Episcopal Italiana; monseñor Antonio Giuseppe Caiazzo, arzobispo de Matera-Irsina; Vito Bardi, presidente de la Región Basilicata; Sante Capponi, prefecto de Matera; Domenico Bennardi, alcalde de Matera y Piero Marrese, presidente de la provincia de Matera. Después, el Pontífice se dirigirá a la catedral para un encuentro con refugiados. Tras la presentación de monseñor Antonio Giuseppe Caiazzo, el Papa pronunciará unas palabras de saludo. A las 10.00 tendrá lugar la celebración eucarística para la conclusión del Congreso Eucarístico Nacional. Y después de la oración del ángelus, el cardenal Zuppi dirigirá unas palabras de agradecimiento. A las 11.45 el Papa irá en coche hasta el comedor de la Fraternidad "Don Giovanni Mele" para la bendición e inauguración de la nueva estructura. Después, de nuevo en el Estadio municipal *XVI Settembre* Francisco se despedirá de las autoridades que lo recibieron a su llegada y partirá hacia el Vaticano, donde está prevista su llegada a las 14.00.

Viaje del Papa Francisco a Asís

El Papa viajará a Asís el próximo 24 de septiembre con ocasión del evento "Economy of Francesco". Lo anunció hoy la oficina de prensa de la Santa Sede publicando el programa de la jornada. La llegada del Pontífice a la ciudad de Asís está prevista a las 9.30 de la mañana.

A su llegada al *Pala-Eventi* será acogido por tres jóvenes en representación de los que participan en el evento, así como por el cardenal Michael Czerny, prefecto del Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral; monseñor Domenico Sorrentino, arzobispo-obispo de Asís-Nocera Umbra-Gualdo Tadino, y de Foligno; Donatella Tesci, presidenta de la región Umbra; Armando Gradone, prefecto de Perugia; Stefania Proietti, alcaldesa de Asís y presidenta de la Provincia de Perugia; miembros del Comité Promotor del evento (Luigino Bruni, Francesca di Maolo, Sor Alessandra Smerilli) y representantes de las familias franciscanas de Asís y de la *Pro Civitate Christiana*.

A continuación, el Papa se dirigirá al escenario. Durante el encuentro con los jóvenes habrá un momento artístico-teatral, una bienvenida e introducción y finalmente ocho jóvenes contarán experiencias. Después el Papa pronunciará un discurso, se leerá y firmará el "Pacto" y saludará a los jóvenes presentes en el escenario.

Está previsto que el Papa aterrice de nuevo en el helipuerto del Vaticano a las 12.15.

EN ESTE NÚMERO

El Papa a una delegación del International Jewish Committee for Interreligious Consultations

La Iglesia católica está comprometida contra toda forma de antisemitismo

PÁGINA 2

Presentación del logo del Jubileo 2025

Para que el mundo experimente la esperanza

PÁGINA 3

La monja en la cárcel

La hermana Livia al servicio de los presos

VALENTINA ANGELUCCI EN PÁGINA 4

El fallecimiento del cardenal Hummes

Profeta ecuménico integral y universal

PÁGINA 8

Las palabras del Pontífice difundidas en un vídeo

Los ancianos, maestros de ternura

«*Recemos por los ancianos, que se conviertan en maestros de ternura para que su experiencia y su sabiduría ayude a los más jóvenes a mirar hacia el futuro con esperanza y responsabilidad*». Es la intención para el mes de julio encomendada por Francisco a la Red mundial de oración del Papa Francisco para el mes de julio. La invitación del Pontífice está en el vídeo difundido el 30 de junio.

La grabación se abre con una escena doméstica ambientada en la cocina: dos ancianos están ocupados reutilizando pan duro para hacer un postre. El anciano ayuda a la mujer y le sugiere una receta que convertirá ese pan en un sabroso pudín. El Pontífice se refiere a esta actitud de inventiva a la hora de preparar un manjar para toda la familia: «Las personas mayores tenemos a menudo una sensibilidad especial para el cuidado, para la reflexión y el afecto. Somos, o podemos llegar a ser, maestros de la ternura. ¡Y cuánto!».

«Necesitamos, en este mundo acostumbrado a la guerra, una verdade-

ra revolución de la ternura» insiste Bergoglio, subrayando que «en esto tenemos una gran responsabilidad hacia las nuevas generaciones». La ternura de la que habla el Papa también en sus catequesis del miércoles dedicadas precisamente a los ancianos, es una ocasión para reiterar su rol en la célula familiar y en la sociedad: «No podemos hablar de la familia sin hablar de la importancia que tienen los ancianos entre nosotros. Nunca fuimos tan numerosos en la historia de la humanidad, pero no sabemos bien cómo vivir esta nueva etapa de la vida: para la vejez hay muchos planes de asistencia, pero pocos proyectos de existencia».

La fantasía de los dos ancianos de probar suerte en la cocina alegre a toda la familia que, con sorpresa, ve el resultado de su esfuerzo y les felicita.

La grabación termina, de hecho, con los abuelos y los nietos que disfrutan con gusto de ese pudín recién horneado. De ahí la llamada del Papa, subrayando que «los

abuelos y los mayores son el pan que alimenta nuestras vidas, son la sabiduría escondida de un pueblo, por esto es preciso celebrarlos, y -recuerda- he establecido una jornada dedicada a ellos». Con tal intención, subraya el jesuita Frédéric Fornos, director internacional de la Red mundial de oración del Papa, Francisco homenajea a «nuestros abuelos» o a las «personas ancianas que nos han compartido, a partir de su propia experiencia de vida y de fe, su sabiduría y su esperanza».

Como testimonian Simeón y Ana -los cuales «reconocen en el bebé que María y José presentan en el Templo, la esperanza de todo un pueblo»- los ancianos «son capaces de ver y escuchar lo que la gran mayoría, corriendo tras sus ocupaciones, no percibe». Difundido a través de la página web www.thepopevideo.org, la grabación en 23 lenguas ha sido creada y producida por la Red mundial de oración en colaboración con la agencia La Machi y el Dicasterio para la comunicación.

En el Ángelus el nuevo llamamiento a los responsables de las naciones y de las organizaciones internacionales

La humanidad necesita paz no armas y miedo

«No a un mundo dividido entre potencias en conflicto; sí a un mundo unido entre pueblos y civilizaciones que se respetan»: con la mente y el corazón todavía dirigido a Ucrania, el Papa lanzó un nuevo llamamiento a los jefes de las naciones y de las organizaciones internacionales por la paz en el país europeo y en todo el planeta. Su invocación se elevó al finalizar el Ángelus recitado a medio día de ayer, 3 de julio, desde la ventana del estudio privado del Palacio apostólico vaticano con los fieles reunidos en la plaza de San Pedro. Anteriormente, comentando como es habitual el Evangelio del domingo, el Pontífice se había detenido en el episodio del envío misionero «de dos en dos» de los discípulos de parte de Jesús.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de la Liturgia de este domingo leemos que «el Señor designó a otros setenta y dos [discípulos] y los envió de dos en dos delante de él a todas las ciudades y lu-

gares a los que iba a ir» (Lc 10,1). Los discípulos son enviados de dos en dos, no individualmente. Ir en misión de dos en dos, desde un punto de vista práctico, pareciera tener más desventajas que ventajas. Existe el riesgo de que los dos no se lleven bien, de que tengan un ritmo diferente, de que uno se canse o enferme por el camino, obligando al otro a detenerse también. En cambio, cuando uno está solo, parece que el viaje se hace más expedito y sin obstáculos. Sin embargo, Jesús no lo piensa así: no envía solitarios delante de él, sino discípulos que van de dos en dos. Preguntémosnos: ¿cuál es la razón de esta elección del Señor?

La tarea de los discípulos es ir por delante a las aldeas y preparar a la gente para recibir a Jesús; y las instrucciones que Él les da no se refieren tanto a lo que deben decir, sino a cómo deben ser, es decir, no

acerca del «guion» que deben decir, no, sobre el testimonio de vida, el testimonio que han de dar más que a las palabras que han de decir. De hecho, los llama obreros: es decir, están llamados a trabajar, a evangelizar por medio de su comportamiento. Y la primera acción concreta con la que los discípulos llevan a cabo su misión es precisamente la de ir de dos en dos. Los discípulos no son «francotiradores», predicadores que no saben ceder la palabra a otro. Es ante toda la vida misma de los discípulos la que anuncia el Evangelio: su saber estar juntos, su respeto mutuo, su no querer demostrar que son más capaces que el otro, su referencia unánime al único Maestro. Se pueden hacer planes pastorales perfectos, poner en marcha proyectos bien elaborados, organizarse hasta el más mínimo detalle; se pueden convocar multitudes y disponer de muchos medios; pero si

no hay disponibilidad para la fraternidad, la misión evangelica no avanza. Una vez, un misionero contó que se había ido a África junto con un hermano de comunidad. Sin embargo, al cabo de un tiempo se separó de él, quedándose en una aldea donde llevó a cabo con éxito una serie de actividades de construcción para el bien de la comunidad. Todo funcionaba bien. Pero un día tuvo un sobresalto: se dio cuenta de que su vida era la de un buen empresario, ¡siempre entre obras y papeleo! Pero... y el «pero» se quedó allí. Entonces, dejó la gestión en manos de otros, a los laicos, y volvió con su hermano. Así comprendió por qué el Señor había enviado a los discípulos «de dos en dos»: la misión evangelizadora no se basa en el activismo personal, es decir, en el «hacer», sino sobre el testimonio de amor fraterno, incluso a través de las dificultades que conlleva convivir con



El Papa a una delegación del International Jewish Committee for Interreligious Consultations

La Iglesia católica está comprometida contra toda forma de antisemitismo

Publicamos a continuación el texto preparado por el Papa Francisco y entregado al cardenal Kurt Koch — prefecto del Dicasterio para la promoción de la unidad de los cristianos, que también dirige la Comisión para las Relaciones Religiosas con el Judaísmo constituida dentro de él — para hacerlo llegar a la delegación de la International Jewish Committee for Interreligious Consultations, que el Pontífice no pudo encontrar en el Vaticano la mañana del jueves 30 de junio, debido a un brote de dolor en la rodilla.

¡Queridos amigos!

Os doy la bienvenida, líderes del Comité internacional judío para consultas interreligiosas. Vuestra organización fue creada en 1970 con el fin de promover y acompañar el diálogo interreligioso en todo el mundo. Esta reúne muchas grandes organizaciones judías, con sede especialmente en Estados Unidos. Desde el inicio está en contacto con la Comisión de la Santa Sede para las relaciones religiosas con el judaísmo, y junto a ella organiza regularmente conferencias conjuntas sobre temas de actualidad. Con ocasión de vuestra última reunión aquí en Roma, en mayo de 2019, recuerdo haber saludado a vuestro grupo en la audiencia general en la plaza de San Pedro.

En nuestros tiempos turbulentos, es de gran importancia que los judíos y cristianos se encuentren, y cada vez más trabajen juntos, para tratar de contrastar ciertas tendencias negativas de nuestras sociedades occidentales: la idolatría del yo y del dinero; el individualismo exasperado; la cultura de la indiferencia y del descarte. Estamos llama-



dos a testimoniar juntos al Dios de la misericordia y de la justicia, que ama y cuida de las personas; y podemos hacerlo partiendo del patrimonio espiritual que en parte compartimos y que tenemos la responsabilidad de custodiar y profundizar. Nuestras tradiciones religiosas nos piden afrontar las discordias, las divergencias y los conflictos no de forma agresiva, sino sin prejuicios y con intenciones pacíficas, para encontrar puntos de convergencia aceptables para todos. De cualquier modo, el odio y la violencia son incompatibles con nuestra fe en el «Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad» (Ex 34,6). Judíos y

cristianos, estamos llamados a comportarnos de tal forma que nos parezcamos lo más posible a nuestro Creador y Padre. Esto —lo sabemos— se vuelve muy difícil cuando hemos sido objeto de abuso y persecución, como ha sucedido a menudo en la historia y lamentablemente sucede también hoy. A tal propósito, acoto esta ocasión para reiterar el compromiso de la Iglesia católica en el contrastar toda forma de antisemitismo, sobre todo a través de la acción preventiva, es decir en el plano educativo, tanto en las familias, como en las comunidades parroquiales, en las escuelas y en las agregaciones laicales.

Retomando al diálogo interreligioso, este es un signo de nuestros tiempos, un signo diría providencial, en el sentido de que es Dios mismo, en su sabio diseño, quien inspira a los líderes religiosos y a tantas personas comunes el deseo de encontrarse y conocerse en el respeto de las diferencias religiosas. Este es un camino maestro para hacer crecer en el mundo la fraternidad y la paz. Reforzando el diálogo podemos resistir al extremismo, que lamentablemente es una patología que puede manifestarse también en las religiones. Recemos al Señor para que nos guíe cada vez más en este camino de diálogo y fraternidad.

Queridos amigos, os doy las gracias por vuestra visita. Que la bendición de Dios os acompañe y haga fructífero vuestro trabajo al servicio del conocimiento recíproco y de la colaboración. Y, por favor, en vuestras oraciones, acordados de rezar también por mí. ¡Gracias!

otro. Así que podemos preguntarnos: ¿cómo llevamos la buena noticia del Evangelio a los demás? ¿Lo hacemos con espíritu y estilo fraterno, o a la manera del mundo, con protagonismo, competitividad y centralidad en la eficacia? Preguntémosnos si tenemos la capacidad de colaborar, si sabemos tomar decisiones juntos, respetando sinceramente a los que nos rodean y teniendo en cuenta su punto de vista, si lo hacemos en comunidad, no solos. En efecto, es sobre todo así como la vida del discípulo deja traslucir la del Maestro, anunciándolo verdaderamente a los demás.

Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, nos enseñe a preparar el camino del Señor con el testimonio de la fraternidad.

Después de haber recitado la oración mariana, el Obispo de Roma recordó la beatificación en Argentina de dos sacerdotes mártires, reiteró el llamamiento por la paz en Ucrania y saludó a los fieles presentes.

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer, en San Ramón de la Nueva Orán, Argentina, fueron beatificados Pedro Ortiz de Zárate, sacerdote diocesano, y Juan Antonio Solinas, sacerdote de la Compañía de Jesús. Estos dos misioneros, que dedicaron su vida a transmitir la fe y a defender a los pueblos indígenas, fueron asesinados en 1683 por llevar el mensaje de paz del Evangelio. Que el ejemplo de estos mártires nos ayude a dar testimonio de la Buena Noticia sin concesiones, dedicándonos

generosamente al servicio de los más débiles. ¡Un aplauso para los nuevos beatos!

Sigamos rezando por la paz en Ucrania y en todo el mundo. Hago un llamamiento a los jefes de las naciones y de las organizaciones internacionales para que reaccionen ante la tendencia a acentuar el conflicto y la oposición. El mundo necesita paz. No una paz basada en el equilibrio de las armas, en el miedo recíproco. No, eso no servirá. Esto es hacer retroceder la historia setenta años. La crisis ucraniana debería haber sido, pero —si se quiere— todavía puede llegar a ser, un reto para los sabios estadistas, capaces de construir en el diálogo un mundo mejor para las nuevas generaciones. Con la ayuda de Dios, esto siempre es posible. Pero debemos pasar de las estrategias de poder político, económico y militar a un proyecto de paz global: no a un mundo dividido entre potencias en conflicto; sí a un mundo unido entre pueblos y civilizaciones que se respetan.

Los saludo a todos, queridos romanos y peregrinos. En particular, saludo a los lectores y a los ministros de Dobra, en Polonia; a los estudiantes de Slavonki Brod, en Croacia; a los fieles albaneses con sus párrocos y al equipo itinerante del Camino Neocatecumenal en Albania. Saludo a los fieles de Nápoles, Ascoli Piceno, Perugia y Catania, y a los jóvenes de la Confirmación de Tremignon y Vaccarino, diócesis de Vicenza.

Les deseo a todos un buen domingo. Por favor, no se olviden de rezar por mí. Disfruten el almuerzo y adiós.

Presentación del logo del Jubileo 2025

Para que el mundo experimente la esperanza

Peregrinos de esperanza, el lema del Jubileo del 2025 elegido por el Papa, «pueda realmente convertirse para el mundo entero en auténtico contenido para experimentar». Es el deseo expresado por el cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin, en la rueda de prensa sobre las primeras iniciativas para el Jubileo y, específicamente, para la presentación del logo oficial del Año Santo. El encuentro - coordinado por el arzobispo Rino Fisichella, pro-prefecto del Dicasterio para la evangelización para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo - se celebró en la tarde del martes 28 de junio, en el espléndido escenario de la Sala Regia del Palacio apostólico. Las historias que estamos viviendo, hizo presente el cardenal Parolin, «sobre todo en estos meses recientes, parecen obligar a la Iglesia a tener fija la mirada en la virtud de la esperanza que, no por casualidad, es definida como una virtud teologal, porque se sitúa en el fundamento mismo de la vida cris-

tiana junto con las otras dos virtudes de la fe y la caridad».

Y «la esperanza nos llama a todos a ser constructores responsables de un mundo mejor, como escribió el Papa Francisco con motivo del Año Jubilar: “hacer todo lo posible para que cada uno recupere la fuerza y la certeza de mirar al futuro con mente abierta”».

Agradeciendo a los más directamente implicados en la responsabilidad organizativa del Jubileo «por la colaboración que se ha ofrecido de diversas formas» en esta fase preparatoria, el cardenal Parolin reiteró la importancia de la «complementación necesaria y fructífera para el bien» de los peregrinos que vendrán a Roma «para cruzar la puerta santa, según la antigua tradición jubilar».

El Año Santo 2025, concluyó el secretario de Estado, «es una hermosa oportunidad que se ofrece de manera especial en Roma e Italia, como un momento propicio para acoger a los millones de turistas que vendrán para vivir seguramente un aconteci-



miento de fe, pero a la vez de cultura y admiración por estos espléndidos lugares». El arzobispo Fisichella presentó el logotipo del Jubileo, diseñado por Giacomo Travisani y elegido personalmente por el Papa Francisco, el pasado 11 de junio, entre las tres propuestas indicadas por una comisión internacional que las seleccionó entre las 294 presentadas por personas entre los 6 y 83 años, de 213 ciudades y 48 países. «El logo representa cuatro figuras estilizadas para indicar la humanidad de los cuatro rincones de la tierra», explicó en detalle el arzobispo. «Se abrazan, para indicar la solidaridad y hermandad que debe unir a los pueblos. Se notará que el primero de

la fila está aferrado a la cruz. Es el signo no sólo de la fe que abraza, sino de la esperanza que nunca se puede abandonar porque la necesitamos siempre y sobre todo en los momentos de mayor necesidad». «Es útil observar las olas que están abajo y que se mueven para indicar que la peregrinación de la vida no siempre se mueve en aguas tranquilas», señaló. «Muchas veces los acontecimientos personales y los acontecimientos del mundo imponen con mayor intensidad el llamado a la esperanza. Por eso hay que destacar la parte inferior de la cruz que se prolonga en forma de ancla, que se impone al movimiento ondulatorio.

Como sabemos -añadió- el ancla se ha utilizado muchas veces como metáfora de la esperanza. El ancla de la esperanza, de hecho, es el nombre que se da en la jerga marinera al ancla de reserva, utilizada por las embarcaciones para realizar maniobras de emergencia para estabilizar la nave durante las tormentas».

«No hay que descuidar que la imagen muestra hasta qué punto el camino del peregrino -dijo monseñor Fisichella- no es un hecho individual, sino comunitario con la impronta de un dinamismo creciente que tiende cada vez más hacia la cruz. La cruz no es estática, sino también dinámica, se inclina hacia la humanidad como para ir hacia ella y no dejarla sola, pero ofreciendo la certeza de la presencia y la seguridad de la esperanza. Finalmente, con el color verde, se ve claramente el lema del Jubileo 2025: *Peregrinantes in Spes*».

Por ello, el logotipo fue elegido en el marco de un concurso internacional «en el que participaron estudiantes, estudios gráficos, institutos religiosos, profesionales y estudiosos del arte que trataron el tema de la peregrinación y la esperanza». La comisión «evaluó las obras presentadas según tres criterios: pastoral, para que el mensaje del Jubileo se entendiera fácilmente; técnico-gráfico, que garantizaba una buena ejecución gráfica para la reproducibilidad; estético, para que el diseño quedara bien hecho y fuera cautivador». Elocuente el testimonio de Giacomo Travisani, autor del logo: «Imaginé gente de todos los “colores”, nacionalidades y culturas, empujándose desde los cuatro rincones de la tierra y moviéndose hacia el futuro, los otros, el mundo, como las velas de una gran nave común, izadas gracias al viento de esperanza que es la cruz de Cristo».

La esperanza, me dije, está en la cruz, con el Papa guiando al pueblo de Dios hacia la meta común. Abrazando la cruz que se convierte en ancla, referente firme para la humanidad».

El arzobispo Fisichella también señaló la indicación del Papa Francisco de enfocar los próximos dos años antes del Jubileo en dos temas particulares. El 2023 estará así dedicado a la reexaminación de los temas fundamentales de las cuatro Constituciones del Concilio Vaticano II, cuyo 60º aniversario de apertura se celebrará el 11 de octubre, «para que la Iglesia pueda respirar de nuevo» esa «enseñanza profunda y actual». Se están preparando una serie de ayudas ágiles, «escritas en un lenguaje cautivador».

El 2024, por otro lado, será un año dedicado a la oración, para «crear un contexto propicio al Jubileo y permitir a los peregrinos prepararse para este acontecimiento, que es sobre todo espiritual, de manera coherente y eficaz».

«Después del verano, la página web oficial del Jubileo estará disponible con la relativa app», anunció el arzobispo, destacando el espíritu de colaboración y responsabilidad en este tiempo de preparación y agradeciendo a las autoridades italianas por ello.

La web y la app «representarán una herramienta para ayudar a los peregrinos a vivir mejor los eventos propuestos, facilitando la experiencia espiritual y cultural de la ciudad de Roma. De hecho, el portal del Jubileo contendrá, además de la importante “Tarjeta del Peregrino”, noticias, notas históricas, información práctica, servicios y herramientas multimedia, en diez idiomas y con un alto nivel de accesibilidad para personas con discapacidad». A fin de año, concluyó, estará listo el calendario del Año Santo 2025 con los eventos especiales.

El discurso a los participantes en el capítulo general de los Misioneros de África

El apóstol no es un mánager sino un testigo de oración y fraternidad

No un mánager sino un testigo de oración y de fraternidad: es el perfil ideal del apóstol trazado por el Papa Francisco en el discurso a los participantes del capítulo general de los Misioneros de África (Padres blancos), recibidos en audiencia la mañana del lunes 13 de junio en la Sala Clementina. Reanudando su malestar -ya expresado en el Angelus el día anterior- por el aplazamiento del viaje a la República Democrática del Congo y Sudán del Sur, el Pontífice anunció que tiene intención de celebrar la misa con la comunidad congoleña en Roma el domingo 3 de julio, precisamente en el día en que debería haberlo hecho en Kinshasa. Aquí están sus palabras.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos! Doy las gracias al Superior General por las palabras con las que ha introducido nuestro encuentro.

Lamentablemente, con gran pesar, he tenido que posponer el viaje al Congo y Sudán del Sur. ¡De hecho, a mi edad no es tan fácil salir en misión! Pero vuestras oraciones y vuestro ejemplo me dan valor, y confío en poder visitar a estos pueblos, que llevo en el corazón. El próximo domingo, trataré de celebrar la misa con la comunidad congoleña romana. No la próxima, el 3 de julio, el día en el que debería haber celebrado en Kinshasa. Llevaremos Kinshasa a San Pedro, y allí celebraremos con todos los congoleños romanos, ¡que son muchos!

Recuerdo la celebración de vuestro 150º aniversario, que vivimos hace tres años juntos con vuestras hermanas Misioneras. Por favor, ¡llevadles también a ellas mi saludo!

Para este Capítulo General habéis elegido trabajar sobre la misión como testimonio profético. Haremos una breve reflexión al respecto. Pero primero quiero decirlos que me ha gustado mucho escuchar que habéis vivido estas jornadas “con gratitud” y “con esperanza”. Esto es hermoso. Mirar al pasado con gratitud es signo de buena salud espiritual; es la actitud “deuteronomica” que Dios ha enseñado a su pueblo (cfr Dt cap. 8). Cultivar la memoria agradecida del camino que el Señor nos ha hecho realizar. Y esta gratitud es la que alimenta la llama de la esperanza. Quien no sabe agradecer a Dios por los dones que Él ha sembrado a lo largo del camino - incluso fatigoso y a ve-

ces doloroso - no tiene tampoco un alma esperanzada, abierta a las sorpresas de Dios y confiado en su providencia. En particular, esta actitud espiritual es decisiva para que puedan madurar las semillas de vocación que el Señor suscita con su Espíritu y su Palabra. Una comunidad en la que se sabe decir “gracias” a Dios y a los hermanos, y en la que se ayudan mutuamente a esperar en el Señor Resucitado, es una comunidad que atrae y sostiene a aquellos que son llamados. Así pues, seguid así: con gratitud y esperanza.

Vamos ahora al tema de la misión como testimonio profético. Aquí se juega la fidelidad a vuestras raíces, al carisma que el Espíritu ha encomendado al cardenal Lavigne. El mundo cambia, también África cambia, pero ese don conserva su carga de significado y de fuerza. Y la conserva en vosotros en la medida en la que siempre es reconducido a Cristo y al Evangelio. Si la sal pierde el sabor, ¿de qué sirve? (cfr Mt 5,13). El padre general ha recordado la exhortación que repetía el Fundador: “¡Sed apóstoles, nada más que apóstoles!”. Y el apóstol de Jesucristo no es uno que hace proselitismo. El proselitismo no tiene nada que ver con el anuncio evangélico. Si en algún momento alguno de vosotros se encuentra haciendo proselitismo, por favor que se detenga, se convierta y después siga. El anuncio es otra cosa. El apóstol no es un mánager, no un sabio conferencista, no es un “mago” de la informática, el apóstol es testigo. Esto vale siempre y en todos lados en la Iglesia, pero vale especialmente para quien, como vosotros, está llamado a menudo a vivir la misión en contextos de primera evangelización o de prevalente religión islámica.

Testimonio quiere decir esencialmente dos cosas: oración y fraternidad. Corazón abierto a Dios y corazón abierto a los hermanos y a las hermanas. En primer lugar estar en la presencia de Dios, dejarse mirar por Él, cada día, en la adoración. De ahí sacar la linfa, en ese “permanecer en Él”, en Cristo, que es la condición para ser apóstoles (cfr Jn 15, 1-9). Es la paradoja de la misión: puedes ir solo si te quedas. Si no eres capaz de permanecer en el Señor, tú no podrás ir.

Recientemente fue propuesta a la veneración de la Iglesia universal el testimonio de Charles de Foucauld: es otro carisma, ciertamente, pero tiene mucho que decirnos también a vosotros, como a todos los cristianos de nuestro tiempo. Él, «desde su intensa experiencia de Dios, hizo un camino de transformación hasta sentirse hermano de todos» (Enc. Fratelli tutti, 286). Oración y fraternidad: la Iglesia debe volver a este núcleo esencial, a esta sencillez irradiante, naturalmente no de forma uniforme, sino en la variedad de sus carismas, de sus ministerios, de sus instituciones; pero sobre todo dejar transpirar este núcleo originario, que se remonta a Pentecostés y a la primera comunidad, descrita en los Hechos de los Apóstoles (cfr 2,42-47; 4,32-35). A menudo nos vemos llevados a pensar en la profecía como una realidad individual - y esta es una dimensión que permanece siempre cierta, sobre el modelo de los profetas de Israel -. Pero la profecía también es y diría sobre todo comunitaria: es la comunidad que da testimonio profético. Pienso en vuestras fraternidades, formadas por personas procedentes de tantos países, de culturas diferentes. No es fácil, es un desafío que se puede aceptar solo contando con la ayuda del Espíritu Santo. Y después esta vuestra pequeña comunidad, que vive de oración y fraternidad, está llamada a su vez a dialogar con el ambiente en el que vive, con la gente, con la cultura local. En estos contextos, donde a menudo, además de la pobreza, se experimenta la inseguridad y la precariedad, vosotros sois enviados a vivir la dulce alegría de evangelizar. Esta palabra la usa San Pablo VI en su Evangelii nuntiandi. Evangelizar es la misión de la Iglesia, evangelizar es la alegría de la Iglesia. Entre paréntesis: tomad la Evangelii nuntiandi, que todavía hoy está vigente, y os dará muchos, muchos puntos de reflexión y de misión. Doy las gracias al Señor con vosotros por este gran don de la evangelización.

La Virgen, nuestra Señora de África, os acompañe y os proteja. Rezo por vosotros, os doy mi bendición; llevadla también a los hermanos y a los fieles de vuestras comunidades. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!

Videomensaje al Global Youth Tourism Summit

Mensajeros de esperanza y de renacimiento

Publicamos el texto del videomensaje enviado por el Papa a los participantes del primer Global Youth Tourism Summit, promovido por el Organizador mundial del turismo, que se celebra en Sorrento desde el 27 de junio al 3 de julio.

Me alegra saludaros, queridos chicos y chicas que participáis en el primer Encuentro mundial del turismo juvenil. Para los que aún sois estudiantes, el turismo coincide con la época de las vacaciones escolares. Las experiencias que se pueden tener durante este tiempo quedarán en vuestra memoria.

Además de la recreación y el descanso, sé que algunos de vosotros aprovecháis este

tiempo para ofrecer voluntariamente ayuda en iniciativas solidarias.

Otros se dedican a pequeños trabajos para echar una mano a su familia o para mantenerse en sus estudios.

Otros se crean días de silencio y oración para estar con Dios y recibir luz en su camino.

En cualquier caso, os animo a que utilizéis bien y con responsabilidad el tiempo que tenéis a vuestra disposición: es así que se crece y se prepara para asumir tareas más exigentes.

Queridos jóvenes, deseo que seáis heraldos de esperanza y de renacimiento para el futuro.

Os envío mi bendición y mi saludo.

La monja en la cárcel

Para encontrar lo que se perdió

La hermana Livia al servicio de los presos

VALENTINA ANGELUCCI

Una pastilla de jabón, un rollo de papel higiénico, un cojín de esponja, sábanas, un plato: eso es todo lo que tienen las personas cuando la hermana Livia se encuentra con ellos.

“He aquí un mensaje: una esposa desesperada porque no sabe cómo enviar cosas al marido que arrestaron anteayer”, dice mirando un viejo teléfono móvil, “pueden ser personas muy ricas, pero una vez que son arrestadas y enviadas a la prisión más cercana, sólo tienen la ropa que llevan puesta y el kit de la prisión”. Y ahí es donde entra ella, la hermana Livia Ciaramella, encargada de las vías de reeducación dentro de la cárcel de ‘S. Donato’ de Pescara. Oriunda de la capital de los Abruzos, monja de la Congregación de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María, fundada por la Madre Eugenia Ravasco, después de haber sido misionera en Costa de Marfil, en 2006 fue invitada a animar la celebración eucarística por el entonces capellán de la cárcel, el padre Marco Pagnello, hoy director de Cáritas Italiana.

Desde entonces, nunca ha dejado solos a los reclusos. “El momento más difícil —dice— es cuando llegan: el impacto de la prisión, cuando pasan de comer la comida de casa a la de la cárcel, cuando ya no tienen nada, perder la oportunidad de hablar con ellos, de escucharlos en ese momento tan delicado, puede llevar a consecuencias irreversibles”.

Su constante disposición a escuchar y su mirada de amor sin reservas no pueden sino apuntar a un Amor mayor: de hecho, hay muchas iniciativas espirituales que involucran a los presos.

Además de la celebración de la Eucaristía y de la posibilidad de confesarse con el capellán, hay momentos especiales del año que la imaginación de la hermana Livia sabe aprovechar para convertirlos en momentos de intensa oración: “En mayo pongo el calendario en cada sección de la cárcel, los internos lo reservan y yo voy a su celda a rezar el rosario: anteayer lo dije en siete celdas diferentes. Llego, llevo la estatua de la Virgen de Fátima y rezamos todos juntos”.

Pero su compromiso es total: por la mañana Sor Livia se levanta a las cinco, después de rezar va a buscar entre generosos benefactores algo de comer para la merienda de los reclusos, y luego se dirige a la cárcel donde todos los días dirige talleres de diversa índole para que los reclusos puedan utilizar sus habilidades manuales, produciendo incluso pequeñas artesanías que en los mercadillos benéficos organizados por Sor Livia, se venden para conseguir las cosas que necesitan los últimos que llegan. Todo está pensado para que los presos no pierdan su dignidad: “Me encuentro con la persona —dice la Hna. Livia pero al encontrarme con la persona llevo a Jesús, porque esa persona se siente amada y no juzgada”.

La experiencia le ha llevado a conocer bien las leyes del sistema penitenciario, y Sor Livia las utiliza para que los presos tengan la oportunidad de experimentar la verdadera humanidad, porque un amor tan grande no puede quedarse dentro de los muros de la cárcel, y de hecho hay varias iniciativas que la “monja de Ravasco”, como se llama comúnmente a las monjas de su Congregación, ha organizado fuera de la cárcel

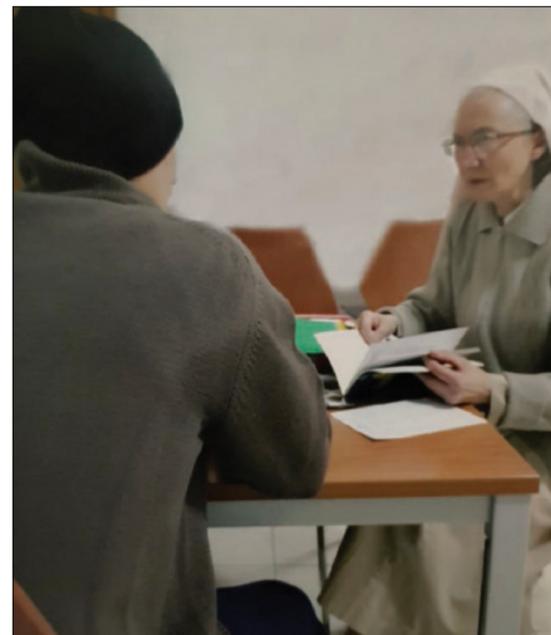
con los propios presos. “En base al artículo 21, en colaboración con Unitalsi, varias veces hemos llevado a algunos jóvenes a hacer servicio con los enfermos en Pompeya o Loreto: se encargaron de empujar las sillas de ruedas y ayudarles en lo que fuera necesario”.

También se presta especial atención a la celebración eucarística, que se prepara siempre con gran esmero: “De acuerdo con el artículo 17, en ocasiones especiales, como Navidad y Pascua, cuando el arzobispo Valentinetti viene a celebrar, llamo a los jóvenes que tocan varios instrumentos, para hacer la celebración eucarística aún más hermosa: tenemos un grupo litúrgico, cada domingo ya sabemos quién tendrá que leer o hacer los diversos servicios”.

Tantas historias de sufrimiento, tantas familias rotas que encuentran en esta pequeña monja de edad indefinida, un salvavidas. Y esto da frutos de varias maneras y, entre muchos, también el más hermoso: “A veces sucede que la gente me pide que les enseñe a rezar, a menudo esta es la pregunta-síntoma que me lleva a preguntar si están bautizados. Puede ocurrir que no lo estén.

Por eso me ocupo de darles cursos personalizados, además del catecismo de los sábados, para que puedan recibir los sacramentos de la iniciación cristiana”.

Dado que la prisión lleva el nombre de un santo, Sor Livia también ha conseguido que el pro-



pio San Donato entre en la cárcel: en 2018, la urna que contiene las reliquias del santo llegó, de hecho, desde Castiglione Messer Raimondo (PE) y fue llevada al interior de la prisión para una jornada completa de oración y celebración eucarística.

La preocupación de Sor Livia está obviamente dirigida también a lo que viene después de la cárcel, por eso existe una colaboración continua con la CEC (Comunidades de educación con los presos), un proyecto de la Comunidad Papa Juan XXIII que se ocupa de la reeducación de los detenidos: “Cuando salen de la cárcel deben ser más fuertes que antes, de lo contrario la cárcel se reduce a mantener a las personas dentro”.

#sistersproject

A los participantes en el Capítulo general y a una delegación de la familia carismática orionita

En el fuego de los tiempos nuevos

La invitación a arrojar «con confianza al fuego de los nuevos tiempos» para abrirse a «nuevas fronteras» y descubrir «nuevas formas de misión» fue dirigida por el Papa Francisco a los participantes del capítulo general de los Hijos de la Divina Providencia y a una delegación de la Familia carismática orionita en el 150º aniversario del nacimiento de san Luis Orione. Al recibirlos en audiencia en la sala Clementina el día 25 de junio, el Pontífice pronunció el siguiente discurso.



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Saludo a Don Tarcisio Gregorio Vieira, reconfirmado Superior General de los Hijos de la Divina Providencia, y a todos vosotros, queridos miembros de la Familia carismática orionita. Es una “planta única con muchas ramas”, formada por religiosas, religiosos, consagradas seglares y laicos, todos alimentados por el mismo carisma de San Luis Orione, del cual se celebra este año el 150º aniversario del nacimiento, en Pontecurone (Alessandria), el 23 de junio de 1872.

Bendigo con vosotros al Señor, que de aquella semilla —como dice el Evangelio— hizo brotar una gran planta, que da acogida, cobijo y descanso a muchas personas, especialmente a las más necesitadas e infelices. Y mientras agradecéis y celebráis, sentís viva la fuerza del carisma, sentís el compromiso que requiere ser seguidores y familiares de un gran testimonio de la caridad de Cristo; el compromiso de hacer presente, con vuestra vi-

da y vuestra acción, el fuego de esta caridad en el mundo de hoy, marcado por el individualismo y el consumismo, la eficiencia y la apariencia. Así escribía Don Orione a principios del siglo XX: «Vivimos en un siglo lleno de escarcha y de muerte en la vida del espíritu; todo encerrado en sí mismo, no ve más que placeres, vanidad y pasiones y la vida de esta tierra, y nada más». Y se preguntaba: «¿Quién dará vida a esta generación muerta a la vida de Dios, sino el soplo de la caridad de Jesucristo? [...] Por lo tanto, debemos pedir a Dios que no sea una chispa de caridad, [...] sino un horno de caridad para inflamarnos y renovar el mundo frío y helado, con la ayuda y la gracia que el Señor nos dará» (Escritos 20, 76-77).

Vosotros, Hijos de la Divina Providencia, como tema de vuestro Capítulo General concluido recientemente, habéis elegido una expresión típica del ardor apostólico de don

Orione: «Hagamos la señal de la cruz y arrojémonos con confianza al fuego de los nuevos tiempos por el bien del pueblo» (Escritos 75, 242). ¡Se necesita valentía! Por favor, que el fuego no se quede sólo en vuestro hogar y en vuestras comunidades, y ni siquiera sólo en vuestras obras, sino que podáis “arrojaros al fuego de los nuevos tiempos por el bien del pueblo”.

Jesús dijo de sí mismo: «He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!» (Lc 12,49). El fuego de Cristo es fuego bueno, no es para destruir, como hubieran querido Santiago y Juan cuando preguntaron: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?» (Lc 9,54). No, no es ese fuego. Pero Jesús reprendió a los dos hermanos. Su fuego es de amor, un fuego que enciende el corazón de las personas, un fuego que da luz, calienta y vivifica.

En la medida en que la cari-

dad de Cristo arde en vosotros, vuestra presencia y vuestra acción se hacen útiles a Dios y a los hombres, porque —escribió San Luis— «la causa de Cristo y de la Iglesia sirve sólo con una gran caridad de vida y de obras, la caridad abre los ojos a la fe y calienta los corazones de amor hacia Dios ¡Se necesitan obras de corazón y de caridad cristiana! Y todos os crearán» (Cartas 1, 181; Escritos 4, 280). Con razón, en el Capítulo general, habéis puesto en el centro de la renovación la relación con Dios, corazón de vuestra identidad. El fuego se alimenta al recibirlo de Dios con la vida de oración, la meditación de la Palabra, la gracia de los Sacramentos. Don Orione fue un hombre de acción y contemplación. Por eso exhortó: «Lancémonos al pie del tabernáculo», y también: «Lancémonos al pie de la cruz», porque «amar a Dios y amar a los hermanos son dos llamas de un solo fuego sagrado» (Cartas II, 397).

Queridos hermanos y hermanas de la familia orionita, ser hoy discípulos misioneros, enviados por la Iglesia, no es en primer lugar un hacer algo, una actividad; es una identidad apostólica alimentada continuamente en la vida fraterna de la comunidad religiosa o de la familia. «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20). Es importante cuidar la calidad de la vida comunitaria, de las relaciones, de la oración común: esto ya es apostolado, porque es testimonio. Si entre nosotros hay frialdad, o peor, juicios y chismes, ¿qué apostolado queremos hacer? Por favor, nada de chismorreos. El chismorreos es una carcoma, una carcoma que corrompe, una carcoma que mata la vida de una comunidad, de una orden religiosa. Sin chismorreos. Sé que no es fácil, este vencer el chismorreos no es fácil y alguien me pregunta: “Pero ¿cómo se puede hacer?”. Hay una medicina muy buena, muy buena: morderse la lengua. ¡Te hará bien!

El testimonio del amor en la comunidad religiosa y en la familia es la confirmación del anuncio evangélico, es la “prueba de fuego”. «Una comunidad hermosa, fuerte —estas son las palabras de don Orione— y donde vive la plena armonía de los corazones y la paz, no puede dejar de ser querida, deseable y edificante para todos» (Cartas I, 418). Y se vuelve atractiva también para nuevas vocaciones. Finalmente, quisiera volver a aquella exhortación a “arrojar al fuego de los nuevos

tiempos”. Esto exige mirar el mundo de hoy como apóstoles, es decir, con discernimiento pero con simpatía, sin miedo, sin prejuicios, con valentía; mirar el mundo como lo hace Dios, sintiendo nuestros dolores, las alegrías, las esperanzas de humanidad. La Palabra guía sigue siendo la de Dios a Moisés: «Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo [...]». He bajado para liberarlo» (Ex 3, 7-8). Debemos ver las miserias de este mundo nuestro como la razón de nuestro apostolado y no como un obstáculo. Vuestro Fundador decía: «No basta lamentarse de la tristeza de los tiempos y de los hombres, y no basta decir: ¡Oh Señor! ¡Oh Señor! Sin nostalgia de una época pasada. Sin espíritu triste, sin espíritu cerrado. Adelante con laboriosidad serena e imperturbable». (Escritos 79, 291). Y nada de chismorreos, lo repito.

Nuestro tiempo pide abrimos a nuevas fronteras, descubrir nuevas formas de misión. Miramos a María, Virgen de la intrepidez y de la premura, que sale de casa y se pone en camino para ir a ayudar a su prima Isabel. Y allí, en el servicio, María tuvo la confirmación del plan de la providencia de Dios. A mí me gusta rezarla como “Nuestra Señora con prisa”: no pierde tiempo, va y hace.

Queridos hermanos y hermanas, os doy las gracias por haber venido, y sobre todo por lo que sois y hacéis. Os bendigo de corazón a todos vosotros y a vuestras comunidades. Y por favor, os pido que recéis por mí. Gracias.

La homilía durante la celebración eucarística para la comunidad congoleña en la Basílica vaticana

La paz inicia apagando odio, avaricia y rencor

Cantos, alegría y colores típicos de los trajes tradicionales caracterizaron la celebración eucarística de la comunidad congoleña en Roma con el Papa Francisco. Tuvo lugar el domingo 3 de julio, en el altar de la Catedral en la Basílica vaticana. Junto con el Pontífice concelebraron los arzobispos Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones internacionales, Emery Kabongo Kambundowi, obispo emérito de Luebo, y el obispo Benoni Ambarus, auxiliar de Roma con la responsabilidad de la caridad y la pastoral de los migrantes, además de numerosos sacerdotes del país africano. Publicamos la homilía pronunciada por Francisco durante la celebración según el misal romano para la diócesis de Zaïre (hoy República Democrática del Congo), durante la cual en la oración de los fieles se elevaron intenciones en las cuatro lenguas autóctonas: lingala, swahili, tshiluba y kikongo.

Bobóto [Paz] R/ Bondeko [Fraternidad]
Bondéko [Fraternidad] R/ Esengo [Alegría]
 Esengo, alegría: la Palabra de Dios que hemos escuchado nos llena de alegría. ¿Por qué, hermanos y hermanas? Porque, como dice Jesús en el Evangelio, «el Reino de Dios está cerca» (Lc 10,11). Está cerca: aún no alcanzado, parcialmente escondido, pero cerca de nosotros. Y esta cercanía de Dios en Jesús, esta cercanía de Dios que es Jesús, es la fuente de nuestra alegría: somos amados y nunca somos dejados solos. Pero la alegría que nace de la cercanía de Dios, mientras da paz, no deja en paz. Da paz y no nos deja en paz, una alegría especial. Provoca en nosotros un punto de inflexión: lle-

na de estupor, sorprende, cambia la vida. Y el encuentro con el Señor es un continuo empezar, un continuo dar un paso adelante. El Señor nos cambia la vida siempre. Es lo que les sucede a los discípulos en el Evangelio: para anunciar la cercanía de Dios van lejos, van en misión. Porque quien acoge a Jesús siente que debe imitarlo, hacer como Él ha hecho, que ha dejado el cielo para servirnos en la tierra, y sale de sí mismo. Por tanto, si nos preguntamos cuál es nuestra tarea en el mundo, qué debemos hacer como Iglesia en la historia, la respuesta del Evangelio es clara: la misión. Ir a la misión, llevar al Anuncio, hacer saber que Jesús vino del Padre. Como cristianos no podemos conformarnos con vivir en la mediocridad, y esta es una enfermedad; muchos cristianos, también todos nosotros tenemos el peligro de vivir en la mediocridad, haciendo las cuentas con nuestras oportunidades y conveniencias, viviendo al día. No, somos misioneros de Jesús. Todos somos misioneros de Jesús. Pero tú puedes decir: “¡Yo no sé cómo se hace, no soy capaz!”. El Evangelio nos asombra todavía, mostrándonos al Señor que envía a los discípulos sin esperar que estén preparados y bien entrenados: no estaban con Él desde hace mucho tiempo, e igualmente les manda. No habían hecho estudios de teología, e igualmente en la que les envía está llena de sorpresas. Acojamos por tanto tres sorpresas, tres cosas que nos sorprenden, tres sorpresas misioneras que Jesús reserva a los discípulos y reserva a cada uno de



nosotros si nosotros le escuchamos. Primera sorpresa: el equipaje. Para afrontar una misión en lugares desconocidos es necesario tomar consigo diferentes cosas, ciertamente las esenciales. Jesús, sin embargo, no dice qué tomar, sino qué no tomar: «No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias» (v. 4). Prácticamente nada: ninguna maleta, ninguna seguridad, ninguna ayuda. A menudo pensamos que nuestras iniciativas eclesiales no funcionan bien porque nos faltan estructuras, nos falta dinero, nos faltan medios: esto no es verdad. El desmentido viene del mismo Jesús. Hermanos, hermanas, no confiemos en las riquezas y no temamos nuestra pobreza, material y humana. Cuanto más libres y sencillos somos, pequeños y humildes, más el Espíritu Santo guía la misión y nos hace protagonistas de sus maravillas. ¡Dejar lugar para el Espíritu Santo! Para Cristo el equipaje fundamental es otro: el hermano. Esto es curioso: «Los envió de dos en dos» (v. 1), dice el Evangelio. No solos, no por cuenta propia, siempre con el hermano al lado.

Nunca sin el hermano, porque no hay misión sin comunión. No hay anuncio que funcione sin cuidar de los otros. Entonces podemos preguntarnos: yo, cristiano, ¿pienso más en lo que me falta para vivir bien, o pienso en acercarme a los hermanos, en cuidar de ellos? Vamos a la segunda sorpresa de la misión: el mensaje. Es lógico pensar que, para prepararse al anuncio, los discípulos deban aprender qué decir, estudiar a fondo los contenidos, preparar discursos convincentes y bien articulados. Esto es verdad. También yo lo hago. Sin embargo Jesús les entrega solo dos frases. La primera parece incluso superflua, tratándose de un saludo: «En la casa que entréis, decid primero: “Paz a esta casa”» (v. 5). El Señor prescribe presentarse, en cualquier lugar, como embajador de paz. Un cristiano lleva siempre la paz. Un cristiano trabaja para que entre la paz en ese lugar. Este es el signo distintivo: el cristiano es portador de paz, porque Cristo es la paz. Por esto se reconoce si somos suyos. Si por el contrario, propagamos chismorreos y sospechas, creamos divisiones, obstaculizamos la comunión, anteponeamos nuestra pertenencia a todo, no actuamos en el nombre de Jesús. Quien fomenta rencor, incita al odio, anula a otros, no trabaja para Jesús, no trae paz. Hoy, queridos hermanos y hermanas, recemos por la paz y la reconciliación en vuestra patria, en la tan herida y explotada República Democrática del Congo. Nos unimos a las misas celebradas en el país con esta intención y rezamos para que los cristianos sean testigos de paz, capaces de superar cualquier sentimiento de resentimiento, cualquier sentimiento de venganza, superando la tentación de que la reconciliación no sea posible, cualquier apego enfermizo al propio grupo que lleva a despreciar a los demás. Hermano, hermana, la paz empieza por nosotros; empieza por mí y por ti, por cada uno de nosotros, por el corazón de cada uno de nosotros. Si vives su paz, Jesús llega y tu familia, tu sociedad cambian. Cambian si primero tu corazón no está en guerra, no está armado de resentimiento y de rabia, no está dividido, no es doble, no es falso. Poner paz y orden en el propio corazón, detener la avaricia, apagar el odio y el rencor, huir de la corrupción, huir de las trampas y las astucias: aquí inicia la paz. Siempre quisieramos encontrar personas mansas, buenas, pacíficas, empezando por nuestros parientes y vecinos. Pero Jesús dice: “Lleva tú la paz a tu casa, empieza tú honrando a tu mujer y amarla con el corazón, respetando y cuidando de los hijos, de los ancianos y de los vecinos. Hermano y hermana, por favor, vive en paz, enciende la paz y la paz morará

en tu casa, en tu Iglesia, en tu país”. Después del saludo de paz, el resto del mensaje encomendado a los discípulos se reduce a las pocas palabras con las que hemos empezado y que Jesús repite dos veces: «El Reino de Dios está cerca de vosotros [...] El Reino de Dios está cerca» (vv. 9,11). Anunciar la cercanía de Dios, que es Su estilo; el estilo de Dios es claro: cercanía, compasión y ternura. Este es el estilo de Dios. Anunciar la cercanía de Dios, esto es lo esencial. La esperanza y la conversión vienen de aquí: del creer que Dios está cerca y vela por nosotros: es el Padre de todos nosotros, que nos quiere a todos hermanos y hermanas. Si nosotros vivimos bajo esta mirada, el mundo ya no será un campo de batalla, sino un jardín de paz; la historia no será una carrera para llegar primeros, sino una peregrinación común. Todo esto -recordémoslo bien- requiere grandes discursos, sino pocas palabras y mucho testimonio. Entonces podemos decir: quien me encuentra, ¿ve en mí un testimonio de la paz y de la cercanía de Dios o una persona agitada, enfadada, intolerante, beligerante? ¿Muestro a Jesús o lo escondo en estas actitudes beligerantes? Después del equipaje y el mensaje, la tercera sorpresa de la misión se refiere a nuestro estilo. Jesús pide a los suyos que vayan en el mundo «como corderos en medio de lobos» (v. 3). El sentido común del mundo dice todo lo contrario: ¡imponete, supera!

Cristo, sin embargo, nos quiere corderos, no lobos. No quiere decir ser ingenuos -¡no, por favor!- sino aborrecer todo instinto de supremacía y opresión, de avaricia y posesión. El que vive como un cordero no agrade, no es voraz: está en el rebaño, con los demás, y encuentra seguridad en su Pastor, no en la fuerza ni en la arrogancia, no en la avaricia por el dinero y los bienes que tanto mal causa también en la República Democrática del Congo. El discípulo de Jesús rechaza la violencia, no hace daño a nadie -es un pacífico-, ama a todos. Y si esto le parece de perdedor, mira a su Pastor, Jesús, el Cordero de Dios que así ha vencido al mundo, en la cruz. Así ha vencido al mundo. Y yo -preguntémonos ahora- ¿vivo como cordero, como Jesús, o como lobo, como enseña el espíritu del mundo, ese espíritu que lleva adelante la guerra? Ese espíritu que hace las guerras, que destruye. Que el Señor nos ayude a ser misioneros hoy, yendo en compañía del hermano y de la hermana; teniendo sobre los labios la paz y la cercanía de Dios; llevando en el corazón la mansedumbre y la bondad de Jesús, el Cordero que quita el pecado del mundo. *Moto azali na mató ma koyóka [Quien tenga oídos para entender]*
R/Ayóka [Que entienda]
Moto azali na matóma mwa kondíma [Quien tenga corazón para consentir]
R/Andima [Que consienta]

El Papa a los pueblos de la República Democrática del Congo y de Sudán del Sur

Pasar la página para abrir nuevos caminos de reconciliación y perdón

El día en que debía partir para su viaje previsto a la República Democrática del Congo y a Sudán del Sur -aplazado hasta una fecha posterior debido a la agudización de sus dolores de rodilla- el Papa envió el siguiente mensaje de video a las poblaciones de los dos países africanos.

Queridos hermanos y hermanas de la República Democrática del Congo y de la República de Sudán del Sur, ¡buenos días! Como sabéis, debía partir hoy para una peregrinación de paz y reconciliación en vuestras tierras. El Señor sabe cuán grande es mi pesar por haberme visto obligado a posponer esta visita tan deseada y esperada. Pero no perdamos la fe y alimentemos la esperanza de encontrarnos en cuanto sea posible. Mientras tanto, me gustaría deciros que, especialmente en estas semanas, os llevo en mi corazón más que nunca. Llevo dentro de mí, en la oración, el sufrimiento que habéis sentido durante tanto tiempo, demasiado tiempo. Pienso en la República Democrática del Congo, en la explotación, la violencia y la inseguridad que sufre, sobre todo en el este del país, donde continúan los enfrentamientos armados que provocan innumerables y dramáticos sufrimientos, agravados por la indiferencia y la complacencia de tantos. Y pienso en Sudán del Sur, en el grito de paz de su pueblo que, agotado por la violencia y la pobreza, espera hechos concretos del proceso de reconciliación nacional, al que quiero contribuir no solo, sino caminando ecuménicamente junto a dos queridos hermanos: el Arzobispo de Canterbury y el Moderador de la Asamblea General de la Iglesia de Escocia. Queridos amigos congoleños y sursudaneses,

las palabras en este momento no son suficientes para transmitir la cercanía que me gustaría expresaros y el afecto que siento por vosotros. Me gustaría deciros: ¡No dejéis que os roben la esperanza! ¡No dejéis que os roben la esperanza! Pensad, vosotros, a los que aprecio tanto, cuánto más valiosos y amados sois a los ojos de Dios, que nunca decepciona a los que ponen su esperanza en Él. Tenéis una gran misión, todos vosotros, empezando por los dirigentes políticos: la de pasar página para abrir nuevos caminos, caminos de reconciliación, caminos de perdón, caminos de convivencia pacífica y de desarrollo. Es una misión que hay que emprender mirando juntos al futuro, a los muchos jóvenes que pueblan vuestras exuberantes y heridas tierras, llenándolas de luz y de futuro. Sueñan y merecen ver esos sueños hechos realidad, ver días de paz: para ellos, en particular, debemos deponer las armas, superar los rencores, escribir nuevas páginas de fraternidad. Me gustaría deciros una cosa más: las lágrimas que derramáis en la tierra y las oraciones que eleváis al cielo no son en vano. El consuelo de Dios llegará, porque Él tiene “planes de paz y no de desgracia” (Jer 29,11). Incluso ahora, mientras espero encontrarme con vosotros, pido que su paz descienda a vuestros corazones. Y a medida que crece la expectativa de ver cada día vuestros rostros, de sentirme en casa en vuestras vibrantes comunidades cristianas, de abrazaros a todos con mi presencia y de bendecir vuestras tierras, mi oración se intensifica, al igual que mi afecto por vosotros y por vuestros pueblos. De todo corazón os bendigo y también os pido que sigáis rezando por mí. Gracias por esto.

El saludo de sor Rita

Agradecidos por el amor a los pueblos africanos



Saludo dirigido al Papa durante la misa por sor Rita Mboshu Kongo, teóloga congoleña de la congregación de las Hijas de María SS. Corredentora.

Santo Padre, nunca podremos agradecerle lo suficiente su preocupación por África, nuestro amado continente. En numerosas ocasiones nos ha mostrado su paternal atención, sobre todo durante la desventura que afecta a nuestro país, la República Democrática del Congo. Aunque han pasado casi dos años y medio desde que presidió, el 1 de diciembre de 2019, una misa en rito congoleño para nuestra comunidad en Roma, de nuevo hoy, en cierto sentido, ha “trasladado” Kinshasa a la Basílica de San Pedro. La misa que tendría que haber celebrado en la capital de nuestro país, el 3 de julio, usted acaba de presidirla hoy aquí, por su amable voluntad, esperando que pueda celebrarla en Kinshasa donde el pueblo congoleño sigue esperándole con los brazos abiertos. Rezamos por usted, por su salud, para que su viaje a nuestro país pueda tener lugar. Le pedimos que siga rezando también por nuestro continente y por nuestro país, la República Democrática del Congo. Santo Padre, sabemos que ama a los pueblos africanos. Está seguro también de nuestro inmenso amor por usted. No me queda otra cosa que decirle en nuestras cuatro lenguas nacionales congoleñas en nombre de todos nosotros aquí presentes y de todos los congoleños que están unidos a través de la oración con nosotros en todo el mundo: Totondi yo botondi, Papa François! Aksanti sana, Papa Francisco! Twasakidila, Papa François! Matondo mingi, Papa François!

A la delegación del Patriarcado ecuménico

Conquistas armadas e imperialismos no tienen nada que ver con el reino de Dios

«Es necesario convertirse para comprender que las conquistas armadas, las expansiones y los imperialismos nada tienen que ver con el Reino que Jesús anunció»: lo subrayó el Papa Francisco en el discurso dirigido la mañana del 30 de junio a la delegación del Patriarcado ecuménico de Constantinopla enviada a Roma en los días pasados por Bartolomé en el ámbito del tradicional intercambio de felicitaciones por las fiestas de los santos Pedro y Pablo, patronos de la ciudad. Recibiéndoles en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano, en presencia del cardenal Kurt Koch, del obispo Brian Farrell y de monseñor Andrea Palmieri, respectivamente prefecto, secretario y subsecretario del Dicasterio para la promoción de la unidad de los cristianos, el Pontífice pronunció el siguiente discurso.



¡Eminencia, queridos hermanos!

Os doy la bienvenida, agradecido por vuestra visita y por las corteses palabras que me habéis dirigido. Ayer participasteis en la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo: vuestra presencia en la Liturgia eucarística fue motivo de gran alegría para mí y para todos, porque manifestó visiblemente la cercanía y la caridad fraterna de la Iglesia de Constantinopla hacia la Iglesia de Roma. Os pido que llevéis mi saludo y mi gratitud al querido hermano Bartolomé, patriarca ecuménico, y al Santo Sínodo, que os han enviado aquí entre nosotros.

El tradicional intercambio de delegaciones entre nuestras Iglesias con ocasión de las respectivas fiestas patronales es un

signo tangible que el tiempo de la distancia y de la indiferencia, durante el cual se pensaba que las divisiones fueran un hecho irremediable, ha sido superado. Hoy, dando gracias a Dios, en obediencia con la voluntad de nuestro Señor Jesucristo y con la guía del Espíritu Santo, nuestras Iglesias llevan adelante un diálogo fraterno y fructífero y están comprometidas de forma convencida e irreversible con el camino hacia el restablecimiento de la plena comunión. Con tal propósito, quisiera dirigir un pensamiento de reconocimiento a aquellos que han iniciado este recorrido. En particular, me gusta recordar, a pocos días del quincuagésimo aniversario de su muerte, al inolvidable patriarca ecuménico Atenágoras, pastor sabio y valiente que sigue siendo fuente de inspiración para mí y para muchos.

Él decía: “Iglesias hermanas, pueblos hermanos”. Iglesias hermanas, pueblos hermanos: la reconciliación entre cristianos separados, como contribución a la pacificación de los pueblos en conflicto, resulta hoy más actual que nunca, mientras el mundo está consternado por una agresión bélica cruel e insensata, en la cual muchos cristianos combaten entre sí. Pero ante el escándalo de la guerra, ante todo no hay que hacer consideraciones: hay que llorar, socorrer y convertirse. Hay que llorar por las víctimas y la demasiada sangre derramada, la muerte de tantos inocentes, los traumas de las familias, ciudades, de un pueblo entero: ¡Cuánto sufrimiento en aquellos que han perdido a sus seres queridos y se ven obligados a abandonar su hogar y su patria! Hay que socorrer a estos herma-

nos y hermanas: es una llamada a la caridad que, como cristianos, estamos obligados a ejercer hacia Jesús migrante, pobre y herido. Pero también es necesario convertirse para comprender que las conquistas armadas, las expansiones y los imperialismos nada tienen que ver con el Reino que Jesús anunció, con el Señor de la Pascua que en Getsemaní pidió a los discípulos que renunciaran a la violencia, que depusieran la espada en su lugar «porque todos los que empuñen espada, a espada perecerán» (Mt 26,52); y truncando todas las objeciones dijo: «¡Basta ya!» (Lc 22,51). Iglesias hermanas, pueblos hermanos: la búsqueda de la unidad de los cristianos no es solamente una cuestión interna a las Iglesias. Es una condición imprescindible para la realización de una auténtica fraternidad

universal, que se manifiesta en la justicia y en la solidaridad hacia todos. A nosotros cristianos se impone por tanto una reflexión seria: ¿qué mundo queremos que emerja después de esta terrible historia de enfrentamientos y contraposiciones? ¿Y qué aportación estamos preparados a ofrecer ahora para una humanidad más fraterna? Como creyentes no podemos hacer otra cosa que extraer las respuestas a tales preguntas en el Evangelio: en Jesús, que nos invita a ser misericordiosos y nunca violentos, perfecto como el Padre sin adecuarse al mundo (cfr Mt 5,48). Ayudémonos, queridos hermanos, a no ceder a la tentación de amordazar la novedad disruptiva del Evangelio con las seducciones del mundo y transformar al Padre de todos, que «hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (cfr v. 45), en el dios de las propias razones y de las propias naciones. Cristo es nuestra paz, aquel que encarnándose, muriendo y resucitando por todos ha derribado los muros de enemistad y de separación entre los hombres (cfr Ef 2,14). Partimos de Él, para comprender que ya no es el momento de regular las agendas eclesiales según las lógicas del poder y la conveniencia del mundo, sino según la audaz profecía de paz del Evangelio. Con humildad y mucha oración, pero también con valentía y parresía. Un signo de esperanza, en el camino hacia el restablecimiento de la plena comunión, viene de la reunión del Comité de coor-

dinación de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa que, después de una interrupción de dos años debido a la pandemia, tuvo lugar el pasado mes de mayo. A través de usted, querida eminencia, en cuanto copresidente ortodoxo de la Comisión, deseo dar las gracias a su eminencia Eugenio, arzobispo de Creta, y a su eminencia Prodromos, Metropolitano de Rethymno, por la generosa y fraterna hospitalidad ofrecida a los miembros del Comité. Deseo que el diálogo teológico progrese promoviendo una mentalidad nueva que, consciente de los errores del pasado, nos lleva a mirar cada vez más juntos al presente y al futuro, sin dejarnos atrapar por los prejuicios de otras épocas. No nos conformemos con una “diplomacia eclesial” para quedarnos amablemente en nuestras propias ideas, sino caminemos juntos como hermanos: oremos unos por otros, trabajemos unos con otros, apoyémonos mutuamente mirando a Jesús y su Evangelio. Este es el camino para que la novedad de Dios no sea rehén de la conducta del hombre viejo (cfr Ef 4,22-24). Queridos miembros de la delegación, los santos hermanos Pedro y Andrés intercedan por nosotros y obtengan la bendición de Dios, Padre bueno, sobre nuestro camino y sobre el mundo entero. Yo os doy las gracias de corazón y os pido, por favor, que no os olvidéis de rezar por mí y por mi ministerio.

El Pontífice a la Comisión Mixta Internacional para el Diálogo Teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas orientales

El ecumenismo de la vida

“El diálogo sobre la doctrina podría adaptarse teológicamente al diálogo de la vida que se desarrolla en las relaciones locales y cotidianas de nuestras Iglesias, que constituyen un verdadero lugar teológico”. Lo dijo el Papa Francisco a los miembros de la Comisión Mixta Internacional para el Diálogo Teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas orientales, recibidos en audiencia en la biblioteca privada del Palacio Apostólico en la mañana del jueves 23 de junio. Publicamos, a continuación, el discurso del Pontífice.

¡Queridos hermanos!

“Gracia a vosotros y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo. Doy gracias a Dios sin cesar por vosotros, a causa de la gracia de Dios que os ha sido otorgada en Cristo Jesús” (1 Cor 1,3-4). Gracias por vuestra presencia, queridos miembros de la Comisión para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas orientales, gracias por vuestro valioso trabajo: me alegra volver a veros tres años después de nuestro último encuentro. Y agradezco a Su Gracia el Obispo Kyrillos las cordiales palabras que me ha dirigido.

Estáis a punto de concluir un importante estudio sobre los Sacramentos, un documento que demuestra la existencia de un amplio consenso y que, con la ayuda de Dios, puede marcar un

nuevo paso hacia la plena comunión. Este tema me inspira tres breves reflexiones que me gustaría compartir con vosotros. Primero: el ecumenismo es esencialmente bautismal. Es en el Bautismo donde encontramos el fundamento de la comunión entre los cristianos y el anhelo de la plena unidad visible. Por medio de este sacramento podemos afirmar con el apóstol Pablo: “Todos hemos sido bautizados por un solo Espíritu en un solo cuerpo” (1 Cor 12,13). En un solo cuerpo: avanzar en el reconocimiento mutuo de este Sacramento fundamental me parece esencial para confesar junto al Apóstol “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (Ef 4,5). En segundo lugar, el ecumenismo tiene siempre un carácter pastoral. Entre nuestras Iglesias que comparten la sucesión apostólica, el amplio consenso constatado por vuestra Comisión no sólo sobre el Bautismo, sino también sobre los demás Sacramentos, debería animarnos a profundizar en un ecumenismo pastoral. En este sentido, incluso sin estar en plena comunión, ya se han firmado acuerdos pastorales con algunas Iglesias ortodoxas orientales, que permiten a los fieles “la participación en los medios de la gracia” (Unitatis redintegratio, 8). Pienso, en particular, en la Declaración Conjunta

firmada en 1984 por el Papa Juan Pablo II y el Patriarca Mar Ignacio Zakka I Iwas de la Iglesia ortodoxa siria de Antioquía, que en determinadas circunstancias autoriza a los fieles a recibir los sacramentos de la Penitencia, la Eucaristía y la Unción de los Enfermos en una u otra comunidad. Pienso también en el acuerdo sobre los matrimonios mixtos celebrado en 1994 entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa siria malankara. Todo esto fue posible mirando la realidad concreta de los miembros del Pueblo de Dios y su bien, superior a las ideas y diferencias históricas: mirando la importancia de que nadie se quede sin los medios de la Gracia. Ahora bien, sobre la base del consenso teológico señalado por vuestra Comisión, ¿no sería posible ampliar y multiplicar esos acuerdos pastorales, especialmente en contextos donde nuestros fieles se encuentran en situación de minoría y diáspora? Esta pregunta es un reto. Que el Espíritu Santo nos inspire formas de avanzar en este camino, que mira el bien de las personas, el bien de las almas, el bien del pueblo de Dios, el nuestro, todo, y no distinciones morales o teológicas o ideológicas. Lo bueno, la gente, está ahí. Jesucristo se encarnó, se hizo hombre, miembro del pueblo fiel de Dios. No se convirtió en una idea, no, se



convirtió en hombre. Y debemos buscar siempre el bien de los hombres y del pueblo fiel de Dios. De ahí una tercera pista: el ecumenismo ya existe como una realidad principalmente local. Muchos creyentes -pienso sobre todo en los de Oriente Medio, pero también en los que han emigrado a Occidente- experimentan ya el ecumenismo de la vida en el día a día de sus familias, de su trabajo, de sus conocidos cotidianos. Y a menudo experimentan juntos el ecumenismo del sufrimiento, en el testimonio común del nombre de Cristo a veces incluso a costa de sus vidas. Por tanto, el ecumenismo teológico debe reflexionar no sólo sobre las diferencias dogmáticas surgidas en el pasado, sino

también sobre la experiencia actual de nuestros fieles. En otras palabras, el diálogo sobre la doctrina podría adaptarse teológicamente al diálogo de la vida que se desarrolla en las relaciones locales y cotidianas de nuestras Iglesias, que constituyen un verdadero lugar teológico. Para mí, esto cuenta para promover el pensamiento. A este respecto, para aumentar el conocimiento fraterno, acojo con satisfacción su iniciativa de promover visitas de estudio de jóvenes sacerdotes y monjes de cada Iglesia. Hace tres semanas, tuve la alegría de recibir a una delegación que vino a Roma, por invitación del Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, para reunirse con la Iglesia católica. Este es el camino, reunirse frater-

nalmente para escucharse, compartir y caminar juntos. Es el ecumenismo de caminar juntos, que se hace caminando, no sólo con ideas, se hace caminando. Y es bueno involucrar a las generaciones más jóvenes, activas en la comunidad local, en el acercamiento de nuestras Iglesias, para que el diálogo sobre la doctrina proceda junto con el diálogo de la vida. Dimensiones bautismal, pastoral y local: tres perspectivas ecuménicas que me parecen importantes en el camino hacia la plena comunión. Queridos hermanos, os renuevo mi gratitud por vuestra visita y, a través de vosotros, quisiera hacer llegar mis saludos a mis venerables y queridos hermanos Jefes de las Iglesias ortodoxas orientales. La siguiente fase de su diálogo se centrará en la Virgen María en la enseñanza y la vida de la Iglesia. Ya desde ahora encomendamos su trabajo a la intercesión de la Madre de Dios. Si estáis de acuerdo, podemos invocarla recitando juntos las palabras de esta antigua oración: “Bajo tu protección nos refugiamos, Santa Madre de Dios. No desprecies las súplicas de los que estamos en la prueba, sino líbranos de todos los peligros, oh gloriosa y bendita Virgen”. Muchas gracias, y recemos unos por otros.

En Argentina la beatificación de dos mártires del Zenta

Intrépidos misioneros en medio del peligro

La nacionalidad y el estilo de vida de don Pedro Ortiz de Zárate y del padre Juan Antonio Solinas eran muy diferentes. El primero, nacido en Argentina, era padre de dos hijos y «encomendado». Sólo después de enviudar se orientó hacia el sacerdocio. El segundo, originario de Cerdeña, fue educado desde pequeño por los jesuitas y entró en la Compañía muy joven. Su común dedicación a la evangelización de las difíciles tribus del Chaco en Sudamérica aunó el celo misionero de ambos. Conocidos como los mártires del Zenta, fueron beatificados por el cardenal Marcello Semeraro, prefecto del Dicasterio para las Causas de los Santos —en representación del Papa Francisco— el sábado 2 de julio en el Parque de la Familia de San Ramón de la Nueva Orán, Argentina. Fue en 1683 cuando en el Valle del Zenta, a tres kilómetros de Pichanal, en la capilla de Santa María, se consumó su sacrificio. Ambos habían viajado a la zona con el objetivo de llevar la Palabra de Dios a los pueblos indígenas del Chaco de Salta, pero fueron asesinados por las tribus tobas y mocovies. Unos 500 nativos masacraron a los misioneros con palos y los deca-

pitaron en la noche del miércoles 27 de octubre, en la víspera de la fiesta de los apóstoles Simón y Judas Tadeo. El padre Solinas tenía cuarenta años y veinte de vida religiosa, once como sacerdote y nueve en las misiones. Los restos del padre Pedro Ortiz de Zárate, vicario de Jujuy, fueron trasladados a la catedral y los del padre Solinas a la iglesia madre de Salta, la antigua iglesia jesuita de las calles Caseros y Mitre, donde fue enterrado cerca del altar. Situado en el centro de las provincias de Tucumán, Paraguay, Río de la Plata y Santa Cruz de la Sierra, el Gran Chaco, al igual que el Chaco Gualamba, se llama también Llanos de Manso, porque en 1556 el capitán Andrés Manso, uno de los conquistadores del Perú, fundó una ciudad por orden del marqués de Cañete, virrey de esos dominios. La ciudad fue pronto destruida por los chiriguano. Dentro del Chaco Gualamba se encuentra el Valle del Zenta. En la parte central, cerca del río Bermejo, se encuentra la localidad de San Ramón de la Nueva Orán. Cuando llegaron los españoles, la región estaba muy poblada. Había un gran número de tribus aborígenes.

En esta zona habían encontrado un clima ideal para vivir. En la época de la misión de Don Pedro Ortiz y el Padre Solinas, el Chaco, especialmente en la zona del Zenta y sus alrededores, estaba habitado por los Mataco y los Veyoces. Al norte del actual valle del Zenta, en cambio, vivían los chiriguano, ya

conocidos por ser muy guerreros y antropófagos. Casi todos tenían su propia lengua. Ciertamente hubo un acuerdo entre los misioneros jesuitas y Don Pedro Ortiz de Zárate en el periodo anterior a esta aventura. Dependiendo de los mismos obispos y gobernadores, que se sucedieron en Tucumán du-

rante esos años, las dos misiones, que tal vez surgieron de forma independiente, continuaron unidas y de acuerdo hacia un mismo objetivo. Don Pedro debía ser el guía y el responsable, tanto por la autoridad que le otorgaba el papel civil y eclesiástico que había desempeñado hasta entonces, como por su edad, muy superior a la de los demás. Los relatos del padre jesuita Diego Ruiz narran las vicisitudes y dificultades de un viaje a pie, durante el cual, entre otras cosas, tuvieron que ascender y luego descender los 4.550 metros de las laderas del Salto-Jujeña, atravesar pantanos y ríos desbordados por ser época de lluvias, soportar el asedio de los mosquitos (a pesar de ser invierno), que desfiguraban el rostro y las manos de las personas. Además, el humo que se veía salir del bosque indicaba que los nativos les estaban espiando. Cerca de las ruinas del Fuerte Ledesma, se encontraron con tres miembros de los Ojotás y los Taños que, en un lenguaje casi incomprensible, dijeron que buscaban el apoyo de los españoles, porque las relaciones entre las tribus no eran buenas. Sólo con esta certeza abrazarían la vida cristiana. El motivo no era tan since-

ro, pero seguía siendo un buen comienzo. Pequeños grupos de aborígenes comenzaron a acercarse a Don Pedro y al Padre Solinas en medio de la selva. Su número aumentaba, especialmente en torno a la capilla de Santa María, a unos 25 kilómetros del Fuerte de San Rafael. Todos se sintieron acogidos por los misioneros, que les explicaron el motivo de su venida: hacerlos hijos de Dios y liberarlos del pecado. Mientras tanto, los misioneros se pusieron en contacto con los mocovies y los mataco, pero estos últimos desconfiaron, temiendo que el intento de reagruparlos fuera una trampa para entregarlos a las tropas españolas. Además, y esto tenía más peso, todos aquellos nativos eran devotos de sus dioses, a los que temían; y la fe cristiana trajo consigo la destrucción de los ídolos. Sus sacerdotes brujos vivían en un estado de exaltación religiosa: primero contra los misioneros y, en consecuencia, contra todos los cristianos. Como en los primeros tiempos de la Iglesia, se produjo un choque entre la fe cristiana y los cultos paganos. Y en esta situación los dos intrépidos misioneros encontraron el martirio.



Fieles en oración durante la tradicional peregrinación al santuario de los mártires del Zenta

En Argentina, el cardenal Semeraro beatificó a dos sacerdotes mártires

En la Eucaristía la fuerza para vivir como cristianos

Fue el impulso misionero el que llevó al sacerdote Pedro Ortiz de Zárate y al jesuita Juan Antonio Solinas “hacia un encuentro mutuo”. Juntos “se pusieron al servicio del Evangelio y fueron fieles hasta el derramamiento de la sangre”. Así recordó el cardenal Marcello Semeraro, prefecto del Dicasterio para las Causas de los Santos, a los dos nuevos mártires que beatificó el sábado 2 de julio —presidiendo el rito en nombre del Papa Francisco— en el parque familiar de San Ramón de la Nueva Orán, en Salta, Argentina. La historia del martirio sufrido por los dos nuevos beatos, subrayó el cardenal, “nos queda muy lejana”. Lejana en el tiempo, ante todo, pero, y singularmente “por algunos detalles sangrientos, también está lejana de nuestra sensibilidad”. De hecho, por mucho que “la posibilidad humana e ser crueles manifieste a lo largo de los siglos”, también hoy, añadió “lamentablemente desde muchas partes de la tierra, nos llegan dolorosos testimonios. Testimonios de todo tipo; también inhumanos”. Cuando se trata, pues, de “hijos e hijas de la Iglesia, que son perseguidos y ejecutados por odio a la fe, o también a una virtud infusa, o por la justicia practicada por amor a Cristo”, entonces “emerge una nueva clave de lectura, que Tertuliano expresó con esta clásica sentencia: *semen*

est sanguis Christianorum, ‘la sangre de los cristianos es una semilla’ (*Apologeticus*, 49: PL 1, 535)”. He aquí, pues, el sentido de la celebración del martirio de los beatos Pedro Ortiz de Zárate y Juan Antonio Solinas: “el florecer, la primavera de la Iglesia”. Ambos fueron, según el prefecto, “ministros de la primera evangelización”. Hablando del Beato Pedro, “natural de esta tierra argentina”, el cardenal recordó las palabras de Robert Whittington, que describió así a Santo Tomás Moro, su contemporáneo: “Es hombre de

la inteligencia de un ángel y de un conocimiento singular. No conozco a su par. Porque ¿dónde está el hombre de esa dulzura, humildad y afabilidad? Y, como lo requieren los tiempos, hombre de maravillosa alegría y aficiones, y a veces de una triste gravedad. Un hombre para todas las épocas”. Y lo mismo puede decirse del jesuita Juan Antonio, italiano, natural de Cerdeña. De hecho, los dos nuevos beatos eran hombres para todas las épocas, es decir, “testigos de Cristo en muchos estados de vida”.

El segundo ingresó en la Compañía de Jesús e, “inmediatamente después de su ordenación sacerdotal, llegó a tierras de misión, dedicándose también él a la evangelización de los indios, y al respecto los testimonios han destacado su generosa entrega a sus necesidades, tanto espirituales como materiales; así como la atención pastoral en favor de los españoles, que habitaban en aquellas tierras”, explicó Semeraro. La historia de su martirio recuerda las palabras de San Ignacio de Antioquía en su carta a los romanos: “Dejad

que sea pasto de las fieras, ya que ello me hará posible alcanzar a Dios. Soy trigo de Dios, y he de ser molido por los dientes de las fieras, para llegar a ser pan limpio de Cristo (*Ai Romani* IV, 1: Funk, *Patres Apostolici*, 1, 256)”. En esta epístola, que procede de los primeros siglos de la Iglesia, “se nos vuelve a proponer la íntima relación que existe entre el martirio y la Eucaristía”. Ya que “es de la Eucaristía, en efecto, que nace la fuerza para ser cristianos, para seguir siendo cristianos, para vivir como

cristianos”. Por ello, observó el prefecto, actualizando la reflexión “quizá (y creo que realmente es así), si hoy hay un cristianismo débil y fluido e, incluso, una situación en la que hay vergüenza en mostrarse como cristiano” y también, paradójicamente lo contrario, “donde hay cálculo e interés en declararse como tal; si para muchos la fe se reduce a una ‘cosa’, que se pierde con facilidad, la razón está en la lejanía de la Eucaristía”. A continuación, el cardenal Semeraro citó a San Carlos Borromeo a propósito de la expresión “pan de los fuertes” que en el Salmo 78 se refiere “al don del maná al pueblo de Israel que caminaba por el desierto y en la tradición cristiana alude a la Eucaristía”. A este respecto, el gran pastor de la Iglesia de Milán del siglo XVI, hablando de los mártires, decía que “¡Cuán sorprendente es la fuerza de los primeros cristianos, de ambos sexos, que se armaban para el martirio con este Santísimo Alimento... (*Homilías sobre la Eucaristía*, Paulinas, Milán 2005, 132-133)”. Al final, el prefecto invocó al Padre Celestial para que sostenga a la Iglesia peregrina en el mundo “con la fuerza del alimento que no perece, para que, perseverando en la fe y en el amor, llegue a contemplar el resplandor” del rostro de Dios.



El pésame del Pontífice por la muerte del cardenal Cláudio Hummes

En el recuerdo de esas palabras: «No te olvides de los pobres»

Después de una larga enfermedad, falleció el lunes 4 de julio, en su casa en San Pablo, el cardenal brasileño Cláudio Hummes, religioso de la orden de los frailes menores, prefecto emérito del Dicasterio para el clero. Tenía 87 años. Al conocer la noticia, el Papa Francisco hizo llegar al cardenal Odilo Pedro Scherer, arzobispo metropolitano de San Pablo, el telegrama de pésame que publicamos a continuación.

Al recibir con profundo dolor la noticia del fallecimiento del Eminentísimo cardenal Cláudio Hummes, o.f.m., su predecesor en la guía pastoral de la amada Arquidiócesis de San Pablo, deseo asegurarle los sufragios que elevo al Altísimo por el eterno descanso de este querido hermano. Mis oraciones son también de agradecimiento a Dios por los

largos años de su devoto y celoso servicio, siempre guiado por los valores evangélicos, a la Santa Madre Iglesia en los diversos cargos pastorales que le fueron encomendados tanto en Brasil como en la Curia Romana, y por su empeño en los últimos años con la Iglesia que peregrina por la Amazonía. Siempre mantengo viva en mi memoria las palabras que me dijo Dom Cláudio el 13 de marzo de 2013, cuando me pidió que no me olvidara de los pobres. Como prenda de consuelo y esperanza en la vida eterna, le envío a usted, Eminencia, y a todos aquellos que se unen en oración por el funeral del cardenal Hummes, la bendición apostólica.

FRANCISCUS PP.



Profeta ecuménico integral y universal

MARCELO FIGUEROA

El cardenal Cláudio Hummes, quien ha partido a la Casa del Padre el 4 de julio, ha sido profeta en su tierra, con un evangelio inculturado y encarnado en la diversidad y riqueza de la ecología integral amazónica. Representó la voz de los desposeídos del Brasil profundo, y por ello, desde sus palabras y su mirada de todas las periferias existenciales, llevó al Cristo de los pobres desde y hasta la cosmopolita San Pablo. Quien escribe estas palabras, tuvo el privilegio de visitarlo luego de recorrer kilómetros a través de las favelas paulina y mantener diálogos ecuménicos. Su visión del ecumenismo trascendía la mirada de la diversidad de confesiones cristianas, o las relaciones interconfesionales. Su ecumenismo enseñaba, transmitía y atravesaba con su voz y su ejemplo la pluriculturalidad y multiplicidad de las culturas de la Amazonía.

Eso lo hizo un profeta ecuménico, y valga la redundancia etimológica, un profeta universal. En una oportunidad, se prestó a este redactor y para el L'Osservatore Romano a una entrevista. Reproducir algunos párrafos de la misma, nos trae a su bendita memoria sus propias palabras.

Palabras que llevan consigo obras de paz y de bendición. Obras que recuerdan hoy la esperanza del libro de Apocalipsis «Entonces oí una voz del cielo, que me decía: "Escribe esto: Dichosos de aquí en adelante los que mueren unidos al Se-



ñor»». «Sí —dice el Espíritu—, ellos descansarán de sus trabajos, pues sus obras los acompañan» (Ap, 14:13).

A pocos meses de culminado el Sínodo de la Amazonía, este profeta del Señor nos decía entre otras consideraciones: «Creo que el Sínodo, en primer lugar, hizo que toda la Iglesia tomara un conocimiento más real y acogedor de los pueblos originarios, de su cultura, identidad, historia y cosmovisión, y de su importancia insustituible para toda la familia humana y, en particular, para la Iglesia. En segundo lugar, el sínodo demostró que es posible construir nuevos caminos para la Iglesia a través de la conversión pastoral y la inclusión ecológica (cuidando la casa común) a través de un pro-

ceso de derribar muros y construir puentes y llegando a las periferias del mundo para escuchar, escuchar y una vez más escuchar, desaprender, aprender y reaprender entonces, en un proceso, a construir con las poblaciones locales el futuro, inculturando y encarnando el Evangelio en las culturas, en un diálogo interreligioso e intercultural, con pasión y audacia. Podemos llamar a esto "construir una Iglesia más sinodal, misericordiosa, con una clara opción preferencial por los pobres". En tercer lugar, el Sínodo reafirmó lo que el Papa Francisco propone en *Laudato si'* y *Evangelii gaudium* sobre el cuidado de la casa común, especialmente la Amazonía, en este momento de grave y urgente crisis climática y ecológica».

Consultado sobre la Conferencia Eclesial de la Amazonía, el Dom Hummes nos decía: «La Conferencia Eclesial de la Amazonía (CEAMA) es algo nuevo que llama a toda la Iglesia a cuestionamiento. Obviamente incluye obispos, pero también otras personas como ancianos, religiosos, laicos y con especial énfasis representantes indígenas. Tiene el nivel de conferencia, de acuerdo con el deseo explícito del Papa Francisco y, por lo tanto, no es solo una secretaría o comisión de otra entidad. Tiene una característica más parecida a una cam-

pana que otras conferencias de la Iglesia. Todavía es joven, modesta, pero muy viva». Más adelante, sobre la incipiente Universidad de la Amazonía, nos respondió que «la creación de una Universidad Católica de la Amazonía fue solicitada por el Sínodo. Todos sabemos que la educación y la educación son fundamentales para el desarrollo integral de la familia humana y, por lo tanto, también para el desarrollo de los pueblos amazónicos. Sin embargo, el proyecto para la Amazonía es que se trata de una entidad educativa inculturada, que acoge y desarrolla la cultura y el conocimiento ancestral, construyendo sus prácticas y proyectos educativos con la propia población del territorio». La entrevista concluyó con una referencia, a modo de hilo conductor entre *Laudato si'*, *Querida Amazonia* y *Fratelli tutti*. Sus palabras en relación a esto fueron las siguientes:

«Es fidelidad en la inclusión de todos los seres humanos involucrados, así como del territorio, la "casa común". No es aceptar que alguien se quede atrás o no sea reconocido como igual. Todos somos hermanos. Todo está interconectado». Para todos aquellos que hemos bebido algo de las aguas profundas de su pensamiento ecuménico integral, ser testigos de su coherencia evangélica de palabras y obras en Cristo y su compromiso con misión hacia y desde los pobres y la Latinoamérica morena, nos queda su legado y sus obras que nos siguen hablando y desafiando.

Del 22 al 28 de junio el viaje del secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales

La visita del arzobispo Gallagher a Costa Rica y Honduras

El 22 de junio pasado, monseñor Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales, viajó a Costa Rica, acompañado por monseñor Francisco Javier Froján Madero, oficial en servicio en la Secretaría de Estado.

Al llegar al aeropuerto internacional Juan Santa María en la tarde del mismo día, monseñor Gallagher fue recibido por monseñor Bruno Musarò, nuncio apostólico en San José, por monseñor José Garita Herrera, obispo de Ciudad Quesada y presidente de la Conferencia Episcopal Costarricense, por Laurențiu Dăncuță, secretario de la nunciatura apostólica, por el rector de la Universidad católica, el señor Fernando Sánchez, y por el representante del protocolo del ministerio de los Asuntos exteriores, el señor Michael Chartier.

El 23 de junio en Cartago, el arzobispo Gallagher se reunió con los obispos de la Conferencia Episcopal y celebró la santa mi-

sa en la Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles, patrona de Costa Rica.

Por la tarde, el secretario tuvo un encuentro con el ministro de Asuntos exteriores, el señor Arnaldo Ricardo André Tinoco, en la sede de la Cancillería, conocida como Casa Amarilla.

Durante los cordiales coloquios, se habló de la reciente celebración en Los Ángeles de la Cumbre de las Américas, del grave drama de la emigración que constituye un serio problema para el país, del Sistema de integración centroamericana (Sica), de la guerra en Ucrania y de la reanudación de las negociaciones para la eventual firma de un Acuerdo entre la Santa Sede y la República de Costa Rica. Además, monseñor Gallagher reiteró el apoyo ofrecido por parte de la Santa Sede al país en favor del bien común de los ciudadanos, especialmente de los más vulnerables.

En la mañana del 24 de junio, monseñor Gallagher después de haber bendecido la Capilla y las

nuevas estructuras de la Universidad católica, pronunció, en el Auditorio del Ateneo, la *Lectio inauguralis* sobre el tema "Estado laico y libertad religiosa", en presencia del presidente de la República, Rodrigo Alberto de Jesús Chaves Robles, y otras ilustres personalidades, entre las cuales el ministro de Asuntos exteriores, el presidente de la Asamblea legislativa, varios ministros, diputados, miembros del Cuerpo diplomático y autoridades civiles y religiosas.

Al finalizar el evento, el ministro de Asuntos exteriores ofreció una comida en honor del huésped en la sede de la Cancillería. Por la noche, en la sede de la nunciatura apostólica, se celebró la Fiesta del Papa, con antelación respecto a la fecha habitual del 29 de junio, con la participación del Canciller, varios ministros, miembros del cuerpo diplomático, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y otros amigos de la nunciatura apostólica.

El 25 de junio, el arzobispo Ga-

llagher fue a Honduras. En el Aeropuerto Internacional Comayagua-Palmerola fue recibido por monseñor Gábor Pintér, nuncio apostólico en Tegucigalpa, por el viceministro de Relaciones exteriores y Cooperación, Gerardo Torres Zelaya, por el secretario de la nunciatura, Giacomo Antonicelli, por Reiniero Amado, miembro del Protocolo Estatal y por el señor Padilla del Protocolo del aeropuerto. El domingo 26 de junio, a las 06.30, monseñor Gallagher presidió la celebración de la Eucaristía con la comunidad católica local en la Basílica de Nuestra Señora de Suyapa, Patrona de Honduras. El acto litúrgico fue transmitido por el canal de televisión Suyapa Medios a toda la nación. Concelebraron el cardenal Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga, arzobispo de Tegucigalpa, su obispo auxiliar, monseñor Teodoro Gómez, monseñor Gábor Pintér, nuncio apostólico y otros sacerdotes. Durante la homilía, transmitió los saludos del Papa Francisco y

exhortó a los fieles a imitar la figura de María como modelo de evangelización.

El lunes 27, el secretario se reunió con el ministro de Relaciones exteriores, Eduardo Enrique Reina. El Canciller, subrayando la importancia de las relaciones con la Santa Sede, describió los desafíos del nuevo gobierno, recién instalado, entre los cuales: la lucha contra la pobreza, la corrupción y el narcotráfico, el cuidado del medio ambiente, la crisis institucional y la emigración, que pesa considerablemente en la ya débil economía nacional. Además, se refirió a la guerra de Ucrania y sus consecuencias, y a la reciente Cumbre de las Américas en la que firmó un documento sobre emigración con Estados Unidos y otros 20 países.

Monseñor Gallagher, expresando preocupación por el aumento de las sectas y la disminución del número de miembros de la comunidad católica, hizo referencia a la posible firma de un Acuerdo entre la Santa Sede y la

República de Honduras. Al finalizar el encuentro se llevó a cabo en la sede de la Cancillería la recepción con el cuerpo diplomático acreditado en el país. Por la tarde, se reunió con la presidenta de la República, Xiomara Castro Sarmiento, quien tras haber informado sobre la situación actual del país en estos primeros meses de su mandato, señaló especialmente el problema del aumento del coste de la vida, el aumento del precio del gasóleo y de la energía, la situación educativa y sanitaria, y el bono energético para ayudar a los agricultores. Además, se habló de un posible Acuerdo Marco con la Santa Sede.

Por la noche tuvo lugar un encuentro con los miembros de la Conferencia Episcopal local, al que también asistieron el cardenal Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga, arzobispo de Tegucigalpa, y otros preladados. El 28 de junio, monseñor Gallagher se dirigió al Aeropuerto Internacional Comayagua-Palmerola para regresar a Roma.